

Caricatura y política

La Risa como manifestación humana

En una escena de esa memorable película francesa, *La guerra del fuego*, una piedra cae accidentalmente sobre la cabeza de un hombre primitivo, que se halla acompañado de un grupo de semejantes. Uno de ellos –creo que es un visitante de otra tribu más evolucionada– suelta una carcajada, y los demás lo miran desconcertados. Es su primer encuentro con la risa, y, a partir de allí, aprenderán a reír. Siempre me conmovió esa anécdota y la razón es que siento que pone en evidencia la profunda humanidad de la risa.

Al reírse, el ser humano comienza a elevarse por encima de su azarosa y sufrida circunstancia. Esos antepasados nuestros debieron experimentar el hambre, el frío y el peligro con una crudeza que nosotros, habitantes de la ciudad moderna, no podemos siquiera imaginar. Sin embargo, en medio de esa vida tan difícil, aprendieron un día a reír. La risa les permite distanciarse del accidente grotesco y convertirlo en algo diminuto, inocuo y hasta gratificante.

Es seguro que el ser humano aprendió a reír antes que a escribir, y tal vez antes que a hablar; lo que otorgaría a la risa la categoría de hermana mayor de las manifestaciones humanas. Aprendiendo a reír, esos seres se colocaron en un plano espiritualmente superior respecto de todos los demás habitantes del planeta. La risa es el fogonazo de la inteligencia, es la evidencia de que el individuo es capaz de pensar, de reflexionar y de no dejarse aplastar por ninguna circunstancia, por patética que fuere. Podemos decir, entonces, que si alguna vez, bajo la tiranía del poder o de la técnica, el hombre olvidara la

Carlos Tovar Samanez (Carlín)
Arquitecto, diseñador gráfico y caricaturista
egresado de la Universidad Nacional de
Ingeniería y con estudios en la École Nationale
Supérieure des Arts Décoratifs, París.
Actualmente publica sus caricaturas en el diario
La República y en la revista *El Salto Ilustrado*.
Autor de: *Carlín es una rata*; *Técnica del dibujo y
de la caricatura*; *Cien personajes en busca de
Carlín*; un ensayo novelado: *Habla el Viejo*;
¡Oiga vez Caglin!

risa, habría perdido una parte sustancial de su condición humana. Mientras el hombre sepa reír, tendrá la esperanza de salvarse de la estupidez y de la opresión.

Nos dice Bergson que, además de que solamente el ser humano ríe, no ríe de otra cosa que no sea del propio ser humano. Ni los árboles, ni las rocas, ni las cosas son capaces de producirnos risa, salvo que encontremos algún rasgo humano en ellos. Aun cuando reímos de las morisquetas de algún animal, no lo hacemos, afirma Bergson, sino porque sus gestos y movimientos remedan a los del ser humano.

La risa como forma de liberación

Mal haríamos entonces si, con ligereza, considerásemos la risa como una manifestación subalterna. Por cierto que muchas veces puede producirse la risa sin trascender la banalidad y la vulgaridad, pero ese peligro acecha por igual a otras expresiones culturales. Estudiando los mecanismos psicológicos que la producen, Freud llega a la conclusión de que la risa es una liberación repentina frente a determinadas tensiones impuestas al individuo por medio de la razón. Creo que tal definición nos proporciona una buena base para aventurarnos a postular a la risa como una forma de liberación. Aunque la complejidad del tema excede las limitaciones de este breve trabajo, daré algunas pistas en la dirección señalada.

La razón, hermanastra seria y acartonada del humor, tiende a anquilosarse y a institucionalizarse siempre, porque no es capaz de ser flexible y fluida, como lo es la historia. Llega entonces un momento en que las instituciones, las costumbres y los poderes que el hombre ha generado mediante la razón devienen absurdos y anacrónicos, por obra del cambio de los tiempos. Aparece entonces la chispa liberadora de la risa, que viene a desmontar todo el aparatoso tinglado del poder, y nos lo revela, de pronto, como un burdo sainete.

Esa función crítica de la risa o, más propiamente, de la comedia, la encuentra Marcos Victoria en Aristófanes, cuyo arte, dice, “castigaba una mitología en la que ya no creían los griegos”. En su *Ensayo preliminar*

sobre lo cómico, Victoria dice que la comedia “tiene la función de *desacreditar con alegría* las ideas usadas, las creencias que se tornan ilusorias, las prácticas ya inútiles”.

Pretensiones moralizantes

Pero esta función liberadora de la risa, con lo importante que es, no debe llevarnos al equívoco de pretender confundirla con una herramienta didáctica o moralizante.

Algunos humoristas, llevados tal vez por el temor de que sus traviesos dardos puedan motivar la censura o la represión de los poderosos, o bien el escándalo de los pecados, pretenden a veces curarse en salud, aduciendo que su quehacer obedece a motivaciones pedagógicas.

Ruiz Lagos, por ejemplo, dice que “La comedia con un final feliz, o recurriendo a métodos festivos, intenta *corregir* los vicios de los hombres exponiéndolos mediante la recurrencia a una trama real o fingida”.

Dice Casares que “Arniches escribió un día a Cejador: aspiro con mis sainetes y farsas a estimular las condiciones generosas del pueblo y de hacerle odiosos los malos instintos”.

Otro gran clásico del humor británico, William Thackeray, decía: “El humorista no sólo pone de relieve lo ridículo de las cosas, sino que, además, evoca la piedad, la ternura y la compasión en favor de los que sufren. El humorista es una especie de predicador laico”.

Escarpit, sin embargo, dice que la comedia cumple a medias con ese objetivo moralizante, pues lo hace “con desgano, con pereza, con ánimo desprevenido, y actuar así es frivolidad. Pero sin frivolidad –asegura– no hay comicidad”.

Esa frivolidad y ligereza son, sin embargo, más apariencia que sustancia. Son, en todo caso, el vehículo que la comedia utiliza para suscitar una reflexión crítica, frecuentemente teñida, es necesario decirlo, de una visión escéptica y amarga de la realidad. En las antípodas del optimismo, la comedia irradia un negativismo rebelde, irreverente, y socarrón.

Comicidad y humor

Llegados aquí, es menester distinguir el gran ámbito de lo cómico del quehacer del comediante y del humorista. Cómico es todo aquello que produce risa y, como ocurre con frecuencia, la casualidad puede cumplir fácilmente esa tarea. Un hombre gordo camina solemnemente y, de pronto, tropieza con el sardinel. Brota entonces la risa. Hasta aquí, estamos en el amplio espacio de lo cómico. Pero si alguien que observa la escena comenta: “mira, ese tipo cree que a patadas va a romper el sardinel”, agrega al suceso una cierta intención paradójica y absurda. Allí comienza el ejercicio del humor. Lo cómico pertenece al ámbito de los hechos. El humor es una actitud.

Es aquí donde el humorismo empieza a diferenciarse de la comicidad, y, con ello, comienza a distanciarse de lo vulgar y a cobrar su interesante relieve, el cual, en manos de los grandes artífices, alcanza cotas muy altas. Como dice Néstor Luján, los grandes clásicos, como Rabelais, Cervantes y Shakespeare “crean tipos de una calidad humorística que supera la simple comicidad: *Pantagruel* y *Panurgo*, *Don Quijote* y *Sancho Panza*, y *Sir John Falstaff*” (...) “Pese a las múltiples facetas, algunas de ellas trágicas, que presenta la figura de su protagonista, *El Quijote* puede considerarse como una obra maestra del humorismo”.

El humor, como hoy se lo entiende, es un concepto relativamente reciente. La medicina medieval distinguía cuatro *humores* (en el sentido antiguo: líquidos) en el cuerpo humano: la sangre, la flema, la bilis amarilla y la atrabilis o bilis negra. Estos cuatro humores correspondían, a su vez, a cuatro temperamentos: el sanguíneo, el flemático, el bilioso y el melancólico.

Es en Inglaterra donde este concepto antiguo evoluciona hasta su acepción contemporánea. De hecho, se atribuye a los ingleses la invención del humor, tal como hoy se lo conoce. Sin embargo, nada es tan difícil de definir como el humor, con el agravante de que, cuanto más se intenta encajarlo en una definición racional, más rápidamente se desvanece, como la espuma de mar en nuestras manos.

Para Horace Walpole, “la vida es una comedia para los que piensan y una tragedia para los que sienten”. Y un maestro del género, Oscar Wilde,

decía: “La humanidad se toma a sí misma demasiado en serio. Ese es el pecado original del mundo”. Otro genio de la paradoja, George Bernard Shaw, dice: “Mi manera de bromear es decir la verdad; es la mejor chanza del mundo”.

William Davis, director de la revista *Punch*, considera que “El humor es la capacidad de reconocer lo que es pretensión, pomposidad y absurdo”¹. Y Malcolm Muggeridge, predecesor suyo en la dirección editorial, solía decir que “El mundo está tan saturado de absurdo que al humorista le resulta difícil competir”².

El dibujante Pastecca dice: “Yo me he reído con chistes malísimos, mientras nunca he soltado una carcajada ante un dibujo de Steinberg o de Chaval” (...) “El mejor dibujo no es aquel que provoca nuestra carcajada, sino el que nos obliga a exclamar en nuestro interior: qué bueno es”.

Para terminar, diremos con Monterroso que “El verdadero humorista pretende hacer pensar y a veces hasta hacer reír”.

La función de la caricatura

Si cada persona nos resulta reconocible, es porque su forma física tiene ciertas proporciones que difieren de las de otras personas. En realidad, cada persona tiene ciertas partes de su cuerpo, y particularmente del rostro, cuyas proporciones difieren de una imagen estandarizada que tenemos grabada en el inconsciente, y que viene a ser el promedio de todos los seres humanos que hemos visto en nuestra existencia.

Esa imagen promedio es algo semejante a la de un maniquí. No es precisamente el ideal de belleza, como algunos ingenuamente creen. Por el contrario, como dice Bacon, “No existe belleza exquisita sin algún elemento extraño en la proporción”. El promedio es, más bien, una imagen anodina, carente de todo relieve, indiferenciable. Las proporciones medias han sido objeto de numerosos estudios de anatomía artística, sobre los que no es del caso abundar aquí (fig. 1).

La caricatura trabaja, en primer término, identificando qué partes del personaje difieren en mayor medida de las proporciones de la imagen estándar. En parte, ese trabajo puede hacerse de manera intuitiva, puesto

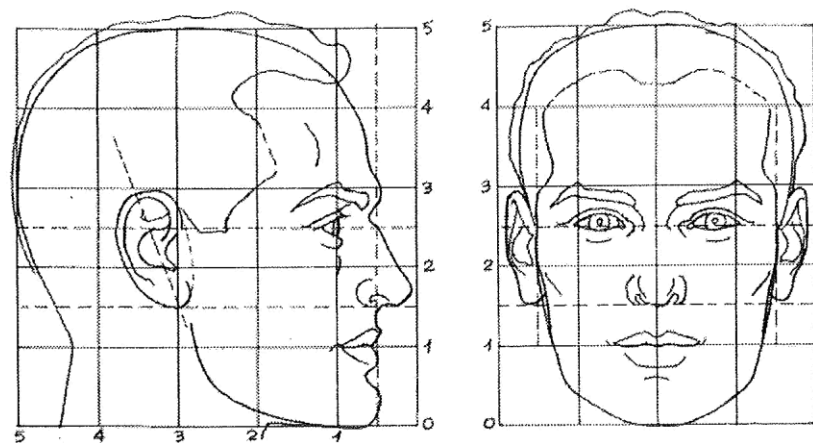


Fig. 1

que, como hemos dicho, tenemos grabada en el inconsciente esa imagen estándar. Pero para el profesional es mejor conocer los estudios que se han hecho sobre esas proporciones del cuerpo humano, y en especial del rostro.

Sobre las características morfológicas básicas, se añaden en cada persona otras, debidas ya no a los factores genéticos sino más bien al comportamiento humano.

La huella de nuestros actos

Se atribuye a Lincoln el haber dicho que nadie es culpable de la cara con la que nace, pero que, después de los cuarenta, todos somos responsables del rostro que tenemos. Mi modesta experiencia me ha convencido de la certeza de ese pensamiento. Todas las actitudes, costumbres y comportamientos que un individuo ha ido adoptando durante su vida van dejando huellas en su rostro. Los músculos y las arrugas se hacen pronunciados allí donde se ejercitan, de manera que los párpados, el ceño, el rictus de la boca, los surcos de la frente y todo cuanto se mueve va marcando el carácter del rostro. Tal vez fue por ello que el pintor peruano Felipe Cossío del Pomar gustaba decir que no hay mejor caricaturista que el tiempo.

Bergson, que estudia con detenimiento los mecanismos de la risa, señala que uno de ellos es la exageración. La exageración, fuente generosa de lo cómico, dio vida a personajes célebres como *El avaro* y *El enfermo imaginario* de Molière, y es también la clave del ejercicio de la caricatura. La caricatura no es, como creen algunos, una deformación arbitraria del personaje. Nuestra imagen reflejada en esos espejos curvos de las ferias está deformada —y, sin duda, produce risa— pero no es caricatura. La caricatura es un ejercicio de profundo realismo, porque no hace sino resaltar rasgos que de hecho están presentes en el rostro del personaje. La exageración caricaturesca puede ser muy grande, pero solo será acertada si en ella podemos reconocer a la persona.

Más arriesga el caricaturista cuanto más exagera, porque en ese intento puede escapársele inadvertidamente el parecido. Pero en ese riesgo está precisamente la clave para obtener el mejor resultado. La caricatura, cuanto más haya exagerado los rasgos sin perder el parecido, resulta más lograda.

La caricatura como retrato del alma

Varios estudiosos de la psicología humana han establecido relaciones entre la forma física y la personalidad (se habla del tipo pícnico, el sanguíneo, etc.). Ello da una buena base para pensar que la caricatura, al identificar ciertos rasgos físicos, está también haciendo un retrato de la personalidad del individuo.

Si a ello se agrega el hecho, ya mencionado líneas arriba, de que el comportamiento de una persona, a lo largo de los años, deja significativas huellas en el rostro, resulta comprensible que con frecuencia se comente esa misteriosa capacidad de la caricatura para captar, como se dice, “el alma del personaje”.

Observando el rostro de Alberto Fujimori durante mi trabajo de caricaturista, han motivado mi curiosidad esas horribles arrugas que se han profundizado, sobre todo en la zona alrededor de su boca, y que se deben al permanente esfuerzo de contener una sonrisa mientras se pretende decir un discurso serio. Esa boca retorcida, ese rictus extraño,

mezcla ambigua de descaro y disimulo, ha marcado el rostro del farsante de manera indeleble.

Hay, sin embargo, una paradoja en el oficio del caricaturista. Visto el resultado de su trabajo, es verdad que puede decirse que retrata el espíritu. Pero, si nos ocupamos del quehacer, del oficio mismo, podría decirse que dicho “espíritu” está bastante lejos de las preocupaciones del dibujante.

Resolver una caricatura significa, en primer término, interpretar ciertos volúmenes, y ciertas proporciones entre volúmenes, construidos en el espacio. Cuando ejerce su oficio, el caricaturista no piensa tanto en la psicología del personaje como en su morfología.

Si el trabajo es perspicaz y acucioso, el resultado puede ser, al margen de las intenciones del dibujante, un retrato del alma. Pero durante la ejecución de su trabajo, sucede que el caricaturista hace más bien una abstracción. Trata de reducir a la persona a un juego de volúmenes en el espacio, algo parecido a una arquitectura.

La caricatura no se propone denigrar a la persona sino retratar la realidad, exagerando, es decir, resaltando, rasgos y tendencias que de hecho están presentes en el rostro del personaje. Prueba de lo que digo es que se han realizado infinidad de caricaturas de artistas, escritores o políticos, sin que el resultado haya sido la degradación de los mismos, sino, simplemente el realce de sus rasgos característicos, en muchos casos al punto de dignificarlos.

Caricatura y política

Pero la caricatura de la que hemos venido hablando hasta ahora, que viene a ser una forma peculiar de retrato (“distinta y creadora”, al decir del poeta Antonio Cisneros³), no es el único género de caricatura que se cultiva. Existe otro, ampliamente difundido bajo la denominación de *caricatura política*, que en todas las latitudes ha alcanzado gran resonancia.

En el siglo XIX, con el amplio desarrollo de los periódicos, la caricatura política comenzó a ser vista como una verdadera amenaza por muchos hombres públicos. Se cuenta que un político norteamericano llamado Tweed, cuando, en 1870, se difundía una feroz campaña en contra suya,

dijo: “No me importa lo que se escriba de mí. La mayoría de mis electores no saben leer. ¡Pero esos condenados dibujos!”.

En Francia, la monarquía de Luis Felipe de Orléans, a mediados de la misma centuria, se mostró muy sensible en lo tocante a las burlas de la revista *Charivari* (en francés: algazara, jolgorio). Los traviesos mentores de esa publicación eran Charles Philippon y el célebre dibujante y pintor Honoré Daumier, quienes gustaban de embromar al monarca haciendo notar que tenía “cara de pera” (fig.2). La cosa llegó al punto en que se prohibió a la revista, mediante una orden judicial, dibujar al rey con cara de pera, y se le obligó, asimismo, a publicar en su portada un texto de rectificación y compromiso de enmienda. El texto fue publicado, pero, en lo que resulta una jugada maestra del humorismo, los renglones fueron dispuestos de manera que su contorno tenía, precisamente, una perfecta forma de pera, con los ojos y la boca plasmados mediante espacios en blanco.



Entre la censura y las zalamerías

Anécdotas como ésta parecen haber enseñado a los políticos, con el correr del tiempo, que reaccionar con el hígado ante las caricaturas no es nada recomendable. Dice Luján, justamente a propósito de Daumier, que “su humor feroz hundió literalmente la monarquía de Luis Felipe bajo la lava del sarcasmo”. De hecho, no creo que ninguna caricatura tenga, de por sí, el poder de derribar un régimen (lo cual, en lo íntimo, a veces lamento), pero el efecto del ridículo puede ser exponencial para el político que cometa la torpeza de darse por aludido.

Ello explica que, hoy en día, como dice William Davis, “Muchos políticos aseguran no inmutarse ni afectarse por la labor de los dibujantes y caricaturistas. La experiencia más desconcertante para un dibujante acaso sea haberse encontrado con que la víctima de un ataque devastador le pida el original, e incluso que le pague por él, cuando se supone que en esos casos uno ha de acudir a toda prisa al abogado en lugar de blandir el talonario de cheques”.

Sin embargo, no vaya a pensarse que todo es color de rosa para el caricaturista en la era de la globalización. No solo en las dictaduras, sino también en regímenes que se proclaman democráticos, se practica la censura y la represión contra mis colegas. Por citar un caso reciente: la popular tira *The Boondocks* del dibujante Aaron McGruder, sufrió censura en Estados Unidos. En la tira censurada, un niño habla por teléfono con un funcionario de inteligencia y dice: “llamo para reportar que tengo información sobre una persona que ayudó a formar y entrenar al grupo terrorista Al Qaeda: un señor llamado Bill Clinton”.

En la otra cara de la medalla, hay regímenes que taimadamente prefieren engreír a los humoristas con toda clase de atenciones y gollerías, aparentemente inocuas, pero cuyo resultado pretende ser, finalmente, la neutralización o la paulatina pérdida de filo de las plumas.

Dijo recientemente Marino, un dibujante peruano que trabaja en México hace varias décadas: “Allá el caricaturista tiene una gran consideración, es un editorialista gráfico. Eso me ha permitido viajar junto a presidentes como Miguel de la Madrid y Carlos Salinas de Gortari o compartir una mesa con los reyes de España”.

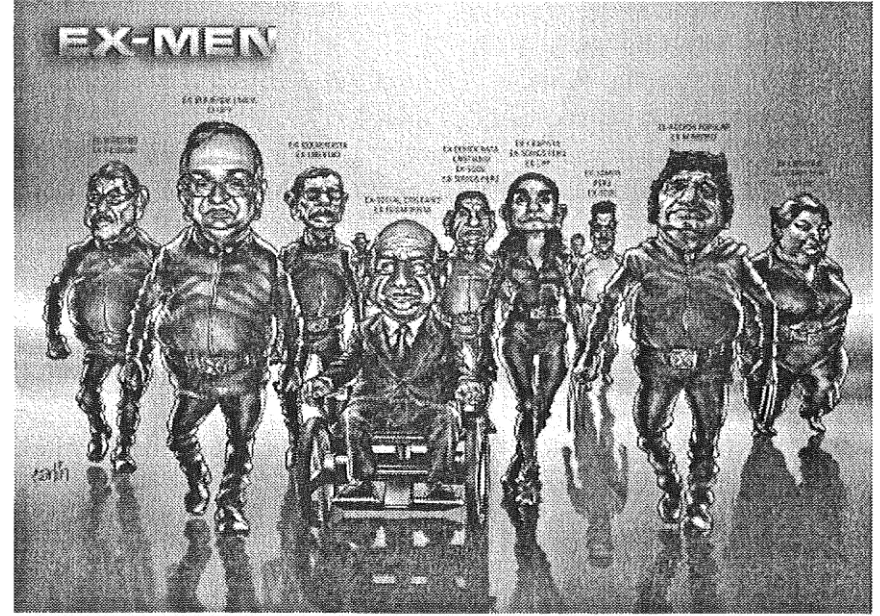
No se puede soslayar, a propósito de esto, que el mencionado Salinas de Gortari, como es sabido, resultó ser un presidente envuelto en sonados casos de corrupción y narcotráfico. Coincidentemente, el humorismo, en México, se ha mostrado bastante benevolente, por decir lo menos, con los gobiernos del Partido Revolucionario Institucional (PRI). Dice John Saxe Fernández que “el narcotráfico penetró a niveles nunca vistos en la economía y la política mexicanas en el sexenio de Carlos Salinas de Gortari”.

A la luz de esta experiencia, en la cual puede quedar tan mal parado quien acepta las zalamerías de los poderosos, lo más aconsejable para un humorista que se respete y que ame su independencia de criterio es vivir discretamente y mantenerse a prudente distancia de los reflectores y de las alfombras de los palacios.

El estar demasiado cerca del poder, por otro lado, puede ser dañino, no sólo para la reputación del humorista, sino también para su salud. Érase un bufón de una corte del medioevo, el cual fue amenazado de muerte por un noble cortesano, víctima de sus burlas. Acudió el cómico a su majestad el rey, quien le tenía muy grande estimación. El monarca quiso tranquilizarlo diciéndole: “quien osare atentar contra tu vida, será ejecutado media hora después”. Repuso el bufón, nervioso: “¿no podría ser, más bien, media hora antes?”.

Notas

- 1 Entrevista a William Davis en el libro *El Humorismo* de Néstor Luján (ver bibliografía).
- 2 Citado por el propio William Davis.
- 3 Comentario de Cisneros en el prólogo del libro *¡Basta ya, Carltín!* (ver bibliografía).



Bibliografía

- BERGSON, Henri, *La risa*. Barcelona, Ed. Orbis, 1986.
- CASARES, Julio, *El humorismo y otros ensayos*, Madrid, Espasa-Calpe, 1974.
- ESCARPIT, Robert, *El humor*. Universidad de Buenos Aires, 1972.
- FERNÁNDEZ, John Saxe, *La compraventa de México*. Barcelona, Plaza Janés, 2002.
- FREUD, Sigmund, *El Chiste y su relación con el inconsciente*. Madrid, Alianza Editorial, 1970.
- GOMBRICH, E. H., *Art and illusion*. Londres, Phaidos Press, 1968.
- GOMBRICH, E. H., *Meditations on a hobby horse*, Londres, Phaidos Press, 1965.
- HERNÁNDEZ Haddad, Humberto, *La impunidad de Carlos Salinas de Gortari*, (www.el-universal.com.mx). Tomado de: www.yumka.com/articulos.
- LOAYZA, Jorge, *Humor Marino*, en *Domingo*, suplemento de *La República*, Lima, 25 de julio de 2004.
- LUJÁN, Néstor, *El humorismo*. Barcelona, Biblioteca Salvat de grandes temas, Salvat Editores, 1973.
- MORALES Castillo, Fabiola, *El recurso del humor en el periodismo de opinión*, Piura, Universidad de Piura, 1999.
- PASTECCA, *Dibujando chistes*. Barcelona, Ediciones Ceac, 1969.
- RUIZ LAGOS, M., *Comedia*. En: *Enc. RIALP*, Madrid, 1975, T. IV.
- TOVAR, Carlos (Carlín), *¡Basta ya, Carlín!* Lima, Editorial Horizonte, 1982.
- TOVAR, Carlos (Carlín), *Técnica del dibujo y de la caricatura*. Lima, Editorial Horizonte, 1989.
- TOVAR, Carlos (Carlín), *Carlín es una rata*. Lima, Editorial Horizonte, 1991.
- VICTORIA, Marcos, *Ensayo preliminar sobre lo cómico*. Buenos Aires, Losada, 1958, pág. 86.

RESUMEN

Apelando a la función liberadora de la risa, el humor sacude a su hermanastra, la razón, del anquilosamiento, y lo hace poniendo de relieve, de manera sorpresiva e ingeniosa, el absurdo y el ridículo. La caricatura política, además de retratar, a través de la exageración de los rasgos físicos, el alma de los personajes, somete al escrutinio público los mecanismos de dominación del poder. El humorista que se respeta y que ame su independencia debe mantenerse a prudente distancia de los reflectores y las alfombras de los palacios.

COMICS AND POLITICS

Appealing to the laughter's liberating function the humor shakes the reason, her stepsister from the paralysis trying to emphasize the absurdity and a ridiculous situation in a surprising and skilful way. Political comics, apart of portraying characters' soul through the exaggeration of the physical features, submit the mechanisms of power domination to the public scrutiny. The humorist who respects himself and loves his independence should keep his distance from the spotlights and palace carpets.